

de la costa, de las punas de la cordillera, de los pantanos de la selva, sin perder una sola vida. En la hora suprema, el triunfo coronó vuestros esfuerzos. Tornásteis al regazo de la madre con los lauros de la victoria. La muerte respetó vuestra existencia. Estaba dispuesto en los altos designios providenciales que vos mismo habríais de escribir esta no menos gloriosa página de la confraternidad americana.

Merecéis figurar en esas breves, significativas y lapidarias biografías de los héroes romanos: Sois el primero en la guerra y el primero en la paz; habéis comprometido la gratitud de vuestros conciudadanos.

Señor doctor Polo:

En las graves horas de angustia que suscitaban las delicadas cuestiones, materia de la negociación ultimada con tan feliz resultado y que con tanta buena fé y hondo patriotismo dirigisteis; en las trágicas horas del desaliento y de la incomprensión, cuando el cielo de la Patria se cubría de espesos nubarrones de amenaza; nunca estuvisteis solo; os acompañábamos en vuestras inquietudes con todo nuestro respeto, con todo nuestro afecto. Por algo tenemos el señalado honor de contaros entre nosotros, como miembro prominente de este claustro universitario.

Señores:

Afirmados en América, por el Perú y Colombia, los sistemas contemporáneos establecidos para la solución pacífica de los conflictos políticos y jurídicos de los pueblos, podemos exclamar como el salmista: "La verdad brotó sobre la tierra y la justicia lo ha contemplado desde lo alto del Cielo".

Cerró la actuación el Sr. Presidente General Benavides improvisando una corta disertación con la que agradeció el acto realizado en nuestra aula máxima y exaltó los sentimientos patrióticos de nuestros alumnos.

Las palabras de todos los oradores fueron muy aplaudidas por el numeroso auditorio.

Inauguración del curso de Latín

El 28 de junio fué inaugurado por el Prof. E. Cavazzana, el curso libre de Latín, en nuestra Facultad de Letras.

Llena el aula por una inmensa concurrencia de alumnos y en presencia del R.P. Rector, el Prof. Cavazzana pronunció el siguiente discurso:

Reverendo Padre Rector,

Señores:

Ningún pueblo del mundo ha tenido tan grandes destinos como el Romano y a fines de la República había llegado a su plena madurez. Esta nación pri-

vilegiada por la fortuna ha tenido su digna lengua. Desde luego una lengua es naturalmente hecha a imagen de su pueblo que la habla. La religión, la literatura y el arte aparecieron como la expresión más perfecta del genio Romano. Después de haber asimilado los elementos de civilización de toda Italia antigua, se alistó, con ardor apasionado, en la Escuela de Grecia, y entró en plena posesión del saber y de las técnicas del mundo, y los Romanos se nos revelaron al tiempo de César y de Augusto, en el completo dominio de todos los órdenes de las actividades intelectuales.

Roma no igualó a Grecia en todos los terrenos; pero en algunos los sobrepasó, en todos buscó nuevos rumbos y alcanzó una perfección propia, con su propia lengua.

Los progresos de la gramática comparada, nos enseñan que el latín no es un pueblo formado por varias razas; el ramo itálico como el helénico se unen al poderoso tronco que desde Gange cobijó muchos pueblos bajo sus sombras paternas. No hay en esta lengua introducción violenta de elementos extraños, su construcción es de una regularidad tan perfecta que todo en ella acusa un conjunto homogéneo que lejos de haber sido alterado, se desarrolló de una manera natural, normal, como su nacionalidad. Las viejas formas se mantienen puras más en Roma que en Grecia.

Para los romanos la vida no es como para los griegos, una fiesta a la cual es preciso embellecer mediante todos los placeres del espíritu y todos los goces que la poesía y el arte pueden proporcionar; los romanos la toman muy por lo serio. Se imponen la tarea de levantar muy lentamente, pacientemente, el monumento de su grandeza, no dejándose distraer de esa ocupación, es hacia ese fin donde convergen todos sus esfuerzos y sus esperanzas, gastan todo su caudal de energía en dar satisfacción a esa ambición y a esa grandeza.

La conciencia del ciudadano predominó a la conciencia del hombre; y el más pobre de los romanos sentía de ser algo sintiéndose parte de Roma. Roma brilló para todos como el ideal de la nación, casi la divinidad adorada, el principio y el fin de las aspiraciones y de las acciones del pueblo; con Roma y por Roma, junto con la fé de sus destinos, tuvieron origen las tradiciones que, pasando de generación en generación, reforzaron la unidad nacional y prepararon la sucesión histórica de su grandeza.

Las paredes del hogar como los templos de los dioses eran santuarios de la patria. En la familia los niños, tomando la leche de la madre, aprendían el amor al orden y a la disciplina; conocían, al mismo tiempo, a la madre, al padre y a sus gloriosos antepasados, cuyas imágenes adornaban el atrio de la casa.

La educación física, intelectual y moral del niño se realizaba en la casa paterna; bajo los ojos de la madre o de una pariente anciana de buenas y probadas costumbres, delante cuya presencia ninguno se animaba a pronunciar palabras torpes o cometer acciones deshonestas. En un célebre lugar del "Dialogus de oratoribus" Tácito, testimonia que la madre curaba con santidad y verecundia no tan solo los estudios y los trabajos sino también los recreos y los juegos de los niños. Así Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia de César, Asia de Augusto educaron a sus propios hijos y formaron de ellos grandes hombres. La severidad de esta disciplina, que duraba hasta los diecisiete años, preservaba el alma de todo principio de corrupción y la preparaba para aprender las nobles artes "artes bonae". Bajo la guía y con el ejemplo del padre y de la madre, el

niño nacía sano de cuerpo y de espíritu, temeroso de los dioses, respetuoso de las leyes, obediente, frugal, laborioso, pleno de fé en sus propias fuerzas y en la grandeza y poderío de la patria.

A la escuela del hogar el niño se preparaba a ser hombre de ciencia práctica, virtuoso padre de familia y ciudadano útil para el estado.

Cuando el padre ofrecía a los dioses un sacrificio en su hogar o si sacerdote, en algún templo, los hijos les servían en calidad de camilli y ese espectáculo de piedad y de devoción despertaba en él el sentimiento religioso. Cuando el padre, en las primeras horas de la mañana, contestaba a las consultas de los clientes, los hijos aprendían de este ejemplo cual era el principal deber del ciudadano romano. Si el padre ofrecía un banquete a los amigos, los hijos estaban con él y se sentían dominados por un sentimiento de orgullo por su patria libre y fuerte con el oír repetir, acompañadas por la música, las viejas canciones de la patria que celebraban las hazañas gloriosas de sus antepasados. Las hijas hilaban y tejían en compañía de su propia madre, los hijos, con el padre, trabajaban los campos, sembraban los terrenos arados y asistían a las cosechas.

Catón el viejo no solamente enseñaba a sus propios hijos los elementos del saber sino también las leyes, las costumbres de su pueblo; los ejercitaba en la equitación, en la natación y en el manejo de las armas, del pugilato y de todas las artes de la gimnasia.

Naturalmente, de un tal género de educación no salían filósofos pero hombres de acción, listos por la lucha, por la victoria en los tumultos del foro y en los campos de batalla.

Por eso el Estado, su vida y sus intereses, ocupaban el primer lugar en el alma del romano. Para que Roma triunfara fué menester la estrecha subordinación de todos a la aristocracia directora. De allí el hábito de la estricta disciplina, una completa abnegación para los asuntos públicos y un patriotismo siempre en acecho. De allí el cuidado preponderante de lo útil, el desdén hacia la fantasía, la dureza del corazón, el temor a la novedad.

Así se formó ese espíritu a la vez enérgico y timorato de apasionada combatividad y, al mismo tiempo, pronto a la obediencia, ardiente, todo generosidad para la patria y desconfianza hacia el extranjero, ese espíritu que se encarna en Catón y que es el ideal de la virtud romana.

Mommsen dijo: "Si el Griego es el prototipo del progreso humano el Latino es el prototipo del progreso nacional, y es nuestro deber, siendo sus sucesores, de admirar al uno y al otro y de aprender de ambos". Bossuet en su discurso de la historia agrega: "La exaltación de la voluntad; es por haber experimentado este sentimiento que nos interesa la literatura latina".

De allí se explica el porqué Roma contaba más de cinco siglos de existencia y de victorias cuando la literatura empezó a introducirse. "La alada musa emprendió su vuelo para acamparse en el pueblo indómito y belicoso de Roma". Fué necesaria esa larga sucesión de años para que el sentimiento literario se despertase entre los romanos y éste no despertó por sí mismo. Pero esto no quiere decir que los romanos no fueran aptos para tales disciplinas. La aversión, más que de una naturaleza rebelde a la percepción de lo bello, deriva del estado rudo en que deliberadamente vivían, al propósito de no entrar en tal orden de ideas. Esto se prueba claramente, a pesar de todas las aseveraciones en contrario, considerando los rápidos progresos hechos por los romanos en la literatura desde el mo-

mento que entró en ellos el propósito de cultivarla. Mucho les valió su fuerza de voluntad, la pertinacia en todo lo que se proponían. Pero no fueron tardos de ingenio, como algunos críticos, especialmente alemanes, quieren hacer creer, porque con solo querer, en dos siglos de trabajo intelectual, llegaron de la infancia de la cultura a la perfección de las más admiradas obras maestras. A pesar de haber sido ayudada por los griegos, los romanos imprimieron su propia personalidad en la literatura y, de tal manera, no fué simplemente la continuación de la griega, pero fecundada por ésta, se impuso y brilló por una vitalidad exuberante intermediaria entre el antiguo y el moderno, y se difundió maestra de civilización por toda Europa.

El poeta Carducci dijo:

Tutto ciò che é civile egli é romano ancora.

La lengua latina trasunta la imágen precisa de su pueblo y reproduce el carácter romano, las condiciones de los varios grados de su vida intelectual y moral, sus transformaciones históricas en los últimos siglos de la república y el principio del imperio. Esta lengua, en pocos siglos, se enriqueció, se corrigió, formó un conjunto orgánico en manera tal de responder a todo sentimiento, a todo matiz más delicado del pensamiento, y desarrollar, en la más grande plenitud, su potencia literaria.

En materia filosófica tenemos a Lucrecio con su "De rerum natura". La muerte prematura del autor no le permitió dar la última mano a su obra, pero tal cual es, se revela una obra maestra. Jamás en ninguna literatura, si se exceptúa al Dante, ha sido puesto al servicio de un credo filosófico más profundo, semejante poesía tan copiosa y tan robusta. Las teorías que expone no le pertenecen; se concreta a repetir las enseñanzas de Epicuro a quien llama "Genio creador de la ciencia".

"E tenebris tantis tam claram extollere lucem".

"A ti, o varón ilustre, gloria de la gente griega, primero que supiste extraer de la tenebrosa obscuridad la clara luz que ilumina los sentidos de la vida, a tí sigo.

"Voy a elevarme a la cima del Parnaso y a recorrer campos hasta ahora no hollados, y beber grato licor de fuentes vírgenes y me apresuraré a coger desconocidas flores, con las que tejeré para mi cabeza una corona insigne, mayor de todas las que hasta aquí las musas me han concedido. Quiero exponer mi doctrina en el lenguaje de las Pérides y, con acento de dulce armonía, a fin de que, al buscar recreo en la lectura de mis versos adquiera conocimiento de las leyes de la vida y del orden universal".

En su poema hay muchas ideas de Darwin, de Lubbock y de Spencer. De Lucrecio se puede decir lo que Kant decía de Pascal "Geometría y pasión, eso es toda su elocuencia".

Hay que reconocer que la obra de Lucrecio, como la del Dante, tienen un valor eterno. Detrás del filósofo latino irán aquellos que quieran explicar el mundo y sus misterios por la naturaleza; detrás del poeta cristiano, aquellos que creen en algo más allá de la vida y del universo. Yo, desde luego, prefiero el Dante; pero hay que reconocer que los dos: el poeta de la naturaleza y el poeta del catolicismo han vivido de estos grandes problemas, por ellos han sufrido y tal vez han muerto.

De todos modos, después de haber leído su obra, puede uno afirmar que

en la historia de la literatura latina el nombre de Lucrecio no es inferior a ninguno. En efecto, sin hablar de imitaciones de detalles, Virgilio le debe la inteligencia filosófica de la naturaleza y Horacio una interpretación más noble y más grave de sus teorías. Sin Lucrecio la poesía, bajo la influencia de los Alejandrinos, hubiera sido muy superficial y privada de ideas. Todo lo que hay de serio en la poesía latina procede de Lucrecio.

Pensad, por un momento, al siglo de Cicerón cuyo personaje domina a la historia entera de la literatura latina y su ingenio, se note bien, es genuinamente romano. Amaba con idéntico amor a las letras y a su patria. La elocuencia fué la principal ocupación de su vida.

Cuando hace uso de la palabra en el Senado o en una asamblea popular, cuando defiende un acusado ante los tribunales, piensa indudablemente en los aplausos que su palabra vá a provocar; mas ante todo y sobre todo piensa en la causa que defiende. Piensa que la elocuencia es el primer poder en un estado libre y el más noble instrumento de gobierno y dedicarse a su perfeccionamiento es hacer obra de buen ciudadano. Hasta en su filosofía se podrían hallar idénticas preocupaciones. Cuando él dá a conocer aquellos notables estudios que tanto habían amado los griegos, se advierte que lo anima una ambición literaria; anhela adquirir otro dominio para la literatura latina e ilustrar, al propio tiempo, su nombre con otro nuevo galardón.

Pide a la filosofía que le dé un aliento a las actividades de su espíritu y fortalezca su ánimo contra las adversidades. Para él la filosofía es un consuelo, la dulce amiga de los días aciagos. De todas las ramas de la filosofía, aquella que con más amor estudia, la única en la cual es verdaderamente original es la moral, aquella que gobierna los actos de la vida.

Hay que decir desde luego, que ha sido un gran literato. Considerado bajo esta faz no tiene rival entre los romanos.

He recordado que la literatura latina ha tenido el glorioso privilegio de haber sido la intermediaria entre Grecia y la civilización moderna; pero en ninguna parte irradia con más fuerza esta verdad, que en las obras de Cicerón. En cierto modo ellas resumen la antigüedad. Las obras de Cicerón constituyen el monumento más notable de la prensa latina; se imponen por el encanto soberano de su estilo, el sello de una naturaleza dotada de una elevación generosa y humana.

Sin Cicerón algo hubiera faltado a la idea que nos hemos formado acerca de la grandeza y majestad del pueblo romano y de la universalidad de su imperio. Puede afirmarse que sin Cicerón el patrimonio intelectual de la humanidad no hubiese sido tan importante.

El siglo de Augusto, señores, es muy diferente de aquel que hemos distinguido con el nombre de siglo de Cicerón.

Después de tantas luchas Roma se entrega, por fin, al reposo. En el reposo se desarrollan las bellas artes. Augusto es el protector de las letras, siendo ayudado admirablemente, en esta parte de su tarea, por su consejero Mecenas, cuyo nombre está estrictamente vinculado al de Augusto y los dos presiden al maravilloso desarrollo que por entonces adquiere la poesía romana.

Virgilio es el poeta del imperio y de su glorificación.

El amor apasionado de Roma, el culto respetuoso de su austero pasado, el entusiasmo por su grandeza presente, todas las más altas aspiraciones patrióticas y morales animan a la obra de Virgilio. Estas bellas dotes nacen de una alma

sensible y lúdice, de un alma soñador y de poeta que posee un arte refinada, animada por el soplo inteligente de los modelos griegos y la evolución asombrosa de la literatura romana. De ese feliz conjunto nace la obra más pura, más perfecta de la poesía latina. Una ternura íntima, ese espíritu soñador y vago, la simpatía para todos los seres animados, un sentimiento confuso de la vida universal, una curiosidad inquieta del porvenir misterioso. Por esto Virgilio reúne las dos tendencias de la literatura italiana: el arte de Catullo y la ciencia de Lucrecio. No solamente el poeta conserva su amor de la naturaleza, sino que tiene simpatía por los dolores humanos; a fuerza de ternura llega hacer vivir sus personajes. Didó es una verdadera mujer que lucha contra su amor, que por él sufre y muere; y esta sucesión dolorosa de escrúpulos, de luchas contra sí misma, de alegrías rápidas y falsas, de amarguras, de plegarias, de maldiciones, su resignación, toda su tragedia íntima es pintada admirablemente, porque ha sido sentida profundamente. Todo esto hace pensar al quinto canto del *Infierno* del Dante al describir "Francesca da Rimini". Virgilio y Dante son poetas por la delicadeza de sus razones; ambos se asocian a las miserias humanas.

Al describir la caída de Troya el poeta medita sobre la fragilidad de las cosas humanas. La tristeza de Andrónica es descrita con una gracia penetrante. "Virgilio nunca hace morir a sus personajes, dice Fenelón, sin agregarle alguna circunstancia emocionante". Este rasgo completa la fisonomía de Virgilio, es un título suyo personal, por el cual lo veneramos y amamos.

En la poesía serena y un poco indiferente de los griegos, en la poesía dura de los romanos Virgilio lleva algo de nuevo: el espíritu de la bondad y del amor. Crea una forma elocuente y definitiva, con la cual, brota del alma romana, una imagen noble y majestuosa.

El crítico queda sorprendido delante de la magnitud de la Eneida, griega por el cuadro, romana por el espíritu y casi cristiana por su corazón, es la obra más perfecta de los latinos; el pasado descrito con humildad exquisita, el presente cantado con energía de ardiente patriota, el porvenir vislumbrado con la emoción íntima y profunda de un alma tierna y dulce.

Llegada a estas alturas la literatura latina decae. Esta decadencia se hace visible en Ovidio y se agrava en el reinado de Tiberio. Individualmente hay algunos escritores: Séneca, Tácito y Juvenal; pero no son clásicos; la armonía, la perfección, que formaban el arte clásico, desaparecieron por siempre.

Para que la poesía, la elocuencia y todas las manifestaciones del pensamiento y del arte resurjan a más vigorosa existencia es necesario que en las empobrecidas venas de la civilización antigua entre el ímpetu juvenil de un nuevo pensamiento de una nueva vida.

En los designios de la Divina Providencia quiso que el Cristianismo fuera el que diera su renovado espíritu de vida inmortal a la vieja civilización de la Roma Pagana.

Y vuelo con el pensamiento a Tertuliano, a Cipriano, a Ambrosio, a Agustín. Estos hombres tenían cosas que decir no palabras. Ellos consideraban la literatura no como un ejercicio retórico, no como un pasatiempo del espíritu, sino como un medio de acción, un instrumento de propaganda, una arma poderosa contra los enemigos de Cristo. Cuando en las iglesias se presentaban al público de los fieles para dispensar a todos igualmente el pan de cada día de la vida espiritual, los tesoros de la ciencia sagrada, los alivios de la caridad y de la esperanza

cristiana, la multitud recibía la bendición de las divinas enseñanzas. Así, sea por la fuerza divina del Cristianismo, sea por la actividad incansable de los Padres de la Iglesia, la idea cristiana, su espíritu, como savia vivificadora, reverdeció el tronco empobrecido y seco de Roma pagana.

Se vé entonces, oh maravilla, desarrollar, como por encanto, del viejo tronco, una exuberante vegetación de elocuencia sagrada, de filosofía sagrada, de teología, de exégesis bíblica y todas las corrientes del pensamiento antiguo, profundamente transformadas, se mezclaron con el nuevo, al pensamiento cristiano; al cual debemos siempre recurrir si queremos encontrar no solamente los principios de una fé consoladora y redentora; sino también las razones de nuestra vida, de nuestros sentimientos, de nuestra civilización.

Señores, el estudio del latín hay que tomarlo muy en serio, intensificarlo, difundirlo. No hay que olvidar que Roma dió al mundo su civilización y enseñó a decir lo que las barbaries ignoraban; y, desde luego, de muchas cosas no se puede hoy hablar en las lenguas modernas, sin un largo uso de términos latinos o derivados del latín. Los alemanes probaron de eliminar las palabras latinas de su lengua; pero no lograron el propósito e hicieron más obscuro un lenguaje claro. De todos modos queda siempre, según los cálculos de los filósofos, que dos tercios del diccionario alemán son latinos y algo parecido sucede con el diccionario inglés. Constantemente el latín es la mejor ayuda para el estudio de los idiomas modernos. Pero si el latín es una ayuda para el estudio de los idiomas modernos es una necesidad para aprender el castellano. Esta convicción hoy se abre camino, no solamente en Italia y Francia sino en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Los americanos introdujeron el latín en algunas escuelas industriales y mandan legiones de jóvenes y señoritas a Italia y a Roma para perfeccionarse en el idioma latino. Sin el latín no se puede comprender el período áureo de la literatura castellana. Los grandes escritores franceses del siglo XVI y XVII son discípulos de Roma y de Grecia. Si Homero y Virgilio, si Demóstenes y Cicerón no hubiesen existido el Renacimiento italiano no sería lo que es. Sin la literatura latina no se explican los genios cumbres, que se llaman: Dante Alighieri, Pascal, Bossuet y Carducci. Así, pues, estudiar el latín es completar el estudio de nuestra literatura, asegurándonos, al propio tiempo, el medio de comprenderla mejor.

Además debemos interesarnos por su propia belleza. El latín posee el mérito importante de ofrecer a nuestra admiración obras de arte primorosas, cuyo conocimiento perfecciona a los espíritus cultos, nos brinda el placer más delicado, la enseñanza más saludable y fecunda.

Al iniciar su curso, en nombre de la Universidad Católica y bajo sus auspicios, no vengo agobiado bajo el peso de una erudición antigua que consume jóvenes energías intelectuales. Os traigo una esperanza para repechar las cumbres inmortales del saber, os ofrezco el soplo de la primavera, os brindo una fuerza para robustecer nuestro carácter sin rumbo.